

DON ALBERTO JIMENEZ FRAUD

Por AQUILINO DUQUE

Nació en Málaga el 4 de febrero de 1883 y murió en Ginebra el 23 de abril de 1964. Incorporado a la Institución Libre de Enseñanza, fue Presidente de la Residencia de Estudiantes desde su fundación en 1910 hasta 1936, cuando, al estallar la guerra civil, hubo de abandonar Madrid para refugiarse en Inglaterra.

La Institución Libre de Enseñanza había nacido al amparo de aquella fórmula de convivencia de clases dirigentes que fue la Restauración y su propósito era regenerar a España mediante la educación. Unos profesores expulsados de sus cátedras por motivos ideológicos se reunieron para proseguir su labor al margen de la Universidad oficial. La actitud subversiva de aquellos hombres había consistido en el proyecto de abrir la tradición católica y española de la enseñanza al espíritu de libertad científica del siglo y formar unas minorías rectoras sometidas al imperio de la razón. Se proponían revitalizar una Universidad caduca para, a través de la educación, revitalizar una sociedad caduca también. Se trataba de injertar innovaciones de fuera, cierto, pero en el tronco de una tradición propia que había conocido días de frondosidad y esplendor. Pedagogos antes que propagandistas, y dentro de la línea minoritaria de la Ilustración y el Doceañismo, emprendieron los hombres de la Institución la formación, tal vez como primera etapa, de minorías educadoras, consiguiendo por lo menos dotar al país de unos equipos intelectuales y científicos como no ha vuelto a tener en mucho tiempo.

Grandes admiradores de Inglaterra y su sistema educativo, los institucionistas trataron de rescatar el sistema tradicional español de los colegios universitarios, cuya larga agonía había rematado la implantación, en 1815, del modelo napoleónico de Universidad centralizada por el Estado. Al mismo tiempo, a la Universidad como departamento estatal de expedición de títulos, oponían su concepto de Universidad como lugar de encuentro y diálogo de maestros y alumnos y como cauce de intercomunicación entre distintas disciplinas. Así nació en 1910 la Residencia de Estudiantes, cuya dirección se encomendó desde el primer día a don Alberto Jiménez Fraud.

La Residencia pasó por momentos difíciles y conoció días de esplendor. Centro de reunión de la intelectualidad liberal de España, no era vista con simpatía en un principio por los elementos oficiales ni por ciertos sectores conservadores y, en tiempos de Primo de Rivera, habría desaparecido de no ser por el propio Dictador, que acudió en su auxilio.

Todo lo que hubo de importante en la ciencia y en la literatura españolas de aquel tiempo pasó por la Residencia o estuvo vinculado a ella, y a ella vinieron grandes figuras europeas del momento como Valéry, Keyserling, Schulten, Keynes, Chesterton, Wells, Howard Carter, Max Jacob, etc., etc. También favoreció la Residencia, con un sistema de becas, el intercambio de estudiantes entre España e Inglaterra.

Con todo esto acabó el estado de cosas imperante en Madrid al estallar la guerra civil, sin que el estado de cosas imperante al concluir la guerra hiciera nada por resucitarlo. Encarnación, pues, de una tercera España ideal e imposible, don Alberto Jiménez se refugió en Cambridge, donde sus amigos británicos le ofrecieron un puesto de Lector, modesto a todas luces para un hombre de su historial y su categoría. Pero la deuda inglesa para con él era muy alta, así que se le nombró miembro de la *high table* o claustro de King's College, del que además recibió una subvención. Durante esa época, pronunció una serie de conferencias sobre la historia de la enseñanza en España, germen de un libro posterior.

Jubilado en 1954, fue a vivir a Oxford, donde escribió una

serie de libros, hoy fundamentales para conocer los móviles y las aspiraciones de la reforma universitaria y su entronque con la tradición de la enseñanza en nuestra patria. En *Ocaso y restauración*, publicado en 1948 por el Colegio de México, se recogen sus conferencias de Cambridge, en las que, al reseñar la labor de Alonso el Sabio, Cisneros, Lebrija, Albornoz, Loyola, Suárez, historia las etapas de selección, reforma, ocaso y restauración de la Universidad española. Fruto también de sus conferencias cantabrigenses es su libro sobre Valera y los reformadores de 1868.

Hombre al margen, por convicción y por temperamento, de toda suerte de intrigas políticas, llevó los años de destierro con una dignidad ejemplar y su casa de Oxford estuvo siempre abierta a antiguos amigos, viejos admiradores, ex residentes o jóvenes estudiantes españoles que encontraban en él, y en su esposa Natalia Cossío, toda una tradición prestigiosa que en la España de entonces estaba más bien silenciada.

A fines de 1963 volvió a Madrid, con ayuda de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, para trabajar en los papeles de Sanz del Río, y en un viaje a Ginebra, a comienzos de 1964, cayó enfermo y falleció. Poco antes había publicado en Méjico un número conmemorativo de *Residencia*, revista de la Residencia de Estudiantes, cuya publicación se proponía reanudar en España.

Después de su muerte, publicó *Ariel* en un volumen sus ensayos *La Residencia de Estudiantes y Visita a Maquiavelo*, con prólogo del profesor Luis G. de Valdeavellano (Barcelona, 1972) y en 1971 había aparecido en *Alianza Editorial* su *Historia de la Universidad española*, libro dividido en tres partes; la primera, «La ciudad del estudio» dedicada a la Universidad medieval; la segunda, «Selección y reforma», sobre la Universidad renacentista, y la tercera, «Ocaso y restauración», que abarca en su panorama de la Universidad moderna, desde el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús hasta la Residencia de la Colina de los Chopos.

Don Alberto Jiménez Fraud volvió a Madrid después de veinticinco años largos de destierro. No cabe rasgo mayor de patriotismo que volver a un país que se hubo de abandonar

de mala manera para reanudar una vida que de mala manera se hubo de interrumpir. Frente a ingratitudes y desengaños prevalecía su vocación de maestro, su afán perenne de contribuir, a la primera posibilidad que se le brindara, al resurgimiento espiritual de su patria. En definitiva, la diáspora de la inteligencia a quien de verdad perjudicaba era a la juventud estudiosa. Así lo entendió él con aquella lucidez que le ayudaba a buscar en cada hora un instante de belleza, en cada acción un sentido moral, en la vida toda un equilibrio humanístico.